

«No puedo dejar tirada a la gente en un momento de necesidad. ¿Con qué cara les digo que me voy y que volveré cuando todo pase?». Los misioneros solo se marchan cuando tienen vacaciones. Algunos, cada tres años



:: JOSÉ AHUMADA

El ébola aquí es un vecino más», afirma sin dramatismos José Luis Garayoa. No es pose. Si a este agustino recoleto le pidiesen una lista de los grandes peligros que acechan en Sierra Leona, el mortífero virus no ocuparía el primer puesto: mucho peor que esa amenaza difusa es la certeza de que él va a ver morir a cuatro de cada diez niños en los poblados que atiende sin que lleguen a cumplir cinco años.

Garayoa, navarro de Falces, es uno de los 13.000 misioneros españoles que hay repartidos por todo el mundo, 1.800 de los cuales trabajan en África. El revuelo provocado por el traslado desde Liberia a España de Miguel Pajares, religioso de los Hermanos de San Juan de

Dios, tras haberse contagiado de ébola en el hospital donde atendía a víctimas de la epidemia, los ha rescatado del olvido en que habitualmente desarrollan su labor.

En Kamabai, la localidad en que se encuentra la misión de Garayoa, están razonablemente tranquilos, teniendo en cuenta que el brote de ébola más cercano se ha detectado en Makeni, a unos veinte minutos de allí. Si que es cierto que la enfermedad ya está afectando a su quehacer cotidiano: el Gobierno ha obligado a suspender el trabajo de sus médicos y ha prohibido las operaciones. «Aunque seguimos haciendo lo habitual: si viene un niño que se ha quemado con aceite, lo curamos». Que ahora se elimine de las misas el rito de la paz o se dé la comunión en las manos, como está indicado en las zonas

afectadas (Guinea Conakry, Nigeria y Liberia, además de Sierra Leona), es simple anécdota.

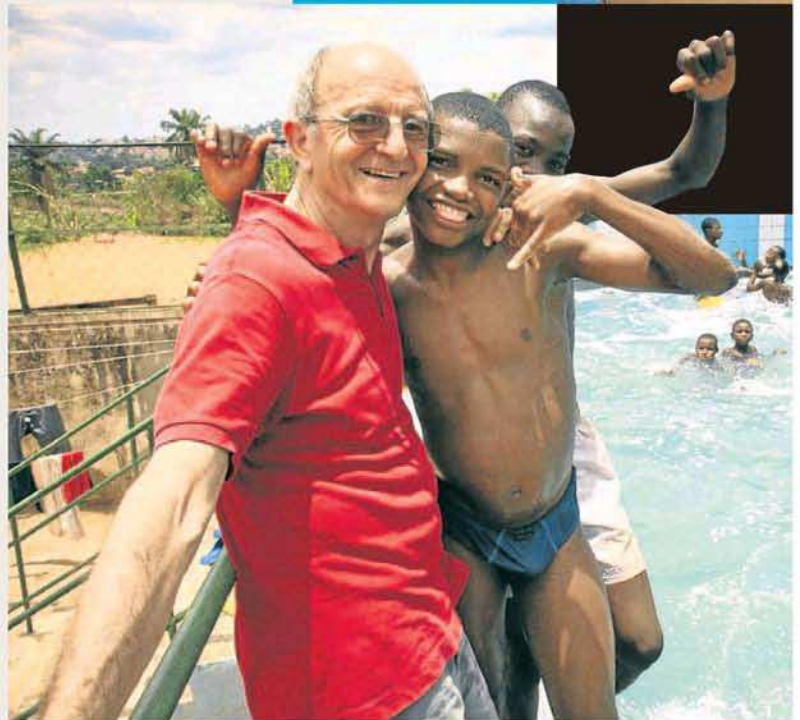
'Sueldo' de 15 euros al mes

Más que medicinas y trajes de astronauta para enfrentarse al mal, lo que Garayoa necesita es paciencia, dedicación y dinero, claro (él no tiene sueldo y su Orden le da una 'propina' equivalente a 15 euros al mes con la que se puede tomar algún refresco cuando va a la ciudad), para luchar contra la ignorancia y el miedo, los principales cómplices del ébola. «El 95% de los jefes de mis aldeas no saben leer ni escribir, y luego yo y les digo que no pueden comer carne de mono. Me miran y me preguntan que qué comen entonces, y yo les digo que se arriesgan a contraer una enfermedad mortal. Ellos piensan que van

LOS DATOS

130

países del mundo acogen a los 13.000 misioneros españoles. Casi la mitad (49,5%) son religiosos; un 35%, sacerdotes; un 7,5%, laicos (este colectivo ha aumentado un 2,4% desde 2012). Además, hay un 6,6% de religiosos que no son sacerdotes y un 0,97% son obispos (un centenar de estos preladados han sido ordenados precisamente en misiones). Han sido enviados por 440 instituciones religiosas (congregaciones, movimientos, diócesis...)



al brujo y les cura, y que si van a un hospital les matan: entra un papá con su niña, se la quitan, no le dejan verla y después le dicen que se ha muerto; la meten en un plástico y la incineran. Y cree que se ha contaminado dentro. He oído en la radio que ya han movilizado al ejército para evitar que los enfermos escapen del hospital: los sanitarios se niegan a entrar para atenderlos y los soldados les disparan si quieren salir».

En comparación con este panorama, el que tiene a su alrededor Manolo Gallego, de los Padres Blancos, parece un paraíso, y eso que está en Burkina Faso, uno de los países más pobres del mundo.

En Bobo-Dioulasso, donde reside, ya se ha empezado a extender el miedo al ébola por su condición de región fronteriza y los médicos

tratan de controlar la posible entrada de viajeros infectados.

Por lo demás, la vida cotidiana es razonablemente aceptable, teniendo en cuenta que en esta zona las lluvias permiten trabajar la tierra, aunque después desahagan las chozas de barro de sus habitantes y las fundan en un inmenso lodazal. Por supuesto, los barrios no tienen canalización de agua, porque tampoco tienen saneamiento. El pozo de la misión surte a menudo de agua potable a todas las familias del barrio.

El caso es que, a pesar de todo, hay buen ánimo. «Aquí hay ambiente de trabajo: los niños van a la escuela, hay artesanos, mecánicos, carpinteros... en las ciudades de Mali ves a la gente sentada, tomando té y escuchando música». La educación y la salud

Viernes 08.08.14
EL CORREO

V 59

**Manolo Gallego. Ecónomo de los Padres Blancos**

«No quieres irte porque tienes un compromiso. Nuestra vida está aquí»

◀ **Los países más pobres**
Gallego, nacido en Jaén, administra las misiones de los Padres Blancos en Burkina Faso, Costa de Marfil y Malí. :: R. C.

DÉ DONDE VIENE LA AYUDA Y A DÓNDE VA

En femenino

Las mujeres (entre laicas y religiosas) son mayoría y representan el 54,47% de los misioneros españoles.

Diez millones de euros en un año

España es, después de Estados Unidos, el país que más dinero envía a las misiones. En 2012 se recaudaron un total de 10.212.912,38 de euros para este fin. Más de la mitad del dinero se invirtió en proyectos en África. En 2014, el Fondo Universal

de Solidaridad reunió más de 79 millones de euros para las misiones. En Europa se recaudaron 38 millones y 32 en América.

12,98%

de los misioneros españoles desarrollan su labor en África. La mayoría (70,2%) tienen como destino América, un 10,42% está en Europa, un 6,11% trabaja en Asia y un 0,29% en Oceanía.



¿Qué se puede hacer con un euro?

Con un solo euro se pueden comprar 18 panes en Bolivia y se puede hacer una comida en R.D. Congo. Un trabajador de la India vive con una media de 4 euros diarios. Con 20 se puede pagar la matrícula de estudio de un niño en Burkina Faso y con 120 euros se cubren los gastos anuales de un alumno de un internado en el país asiático de Myanmar. Con 400 euros al mes vive una familia entera en Santo Domingo (República Dominicana) y con 2.900 euros se abastece de medicinas un centro de salud en un barrio de Dakar.

¿Un sueldo, yo?»

Garayoa, navarro de Falces, abajo rodeado de niños. Cuando le preguntamos por su sueldo, se sorprende. «¿Sueldo yo? Qué va. Me dan una propinilla de 15 euros».

:: JOSEBA ETXEBARRIA

José Luis Garayoa. Atiende una misión en Sierra Leona

«Aquí hay que convencer a la gente de que el ébola es real»

**Alfonso Ruiz. Atiende a niños de la calle en Camerún**

«Yo no necesito insuflarles ganas de vivir: esos críos siempre las tienen»

Vocación

El jesuita riojano procedía de una familia acomodada, pero no se resistió a su vocación. Con 17 años se hizo jesuita. Con 23 se fue a África. Tiene 69. :: R. C.



están cubiertas... más o menos. «El precio de las consultas no llega a un euro; otra cosa son los medicamentos, que no todas las familias pueden pagar».

Las condiciones de trabajo de un misionero no parecen envidiables y serían inaceptables sin el ingrediente mágico de la vocación. En el caso de los Padres Blancos, se empieza por una larga formación que incluye tres años de estudios de Filosofía, otro de noviciado, dos de pastoral en un país africano y cuatro más de Teología. Cada dos o tres años disfrutan de unas vacaciones para ver a la familia y cada diez o quince se pueden pedir un año sabático para reciclarse.

Gallego lleva en África desde 1977, y emociones no le han faltado: las encontró en Bamako, la capital de Mali, donde le sorprendió

el golpe de estado de 2012. «Cuando ves llegar a los soldados te crees que se ha terminado todo».

Seguro que en esos momentos se imaginaba volviendo a La Puerta de Segura, su pueblo de Jaén. «Tienes tus momentos de duda, un poco negros, y te dan ganas de dejarlo todo. Pero enseguida vuelves a lo esencial, a lo que quieres y es importante para ti. Hemos estado en los momentos buenos, así que también hay que estar en los difíciles: nuestra vida está aquí».

El jesuita riojano Alfonso Ruiz (Arnedo, 1945), dejó una vida placida en una familia acomodada para marcharse con 23 años a Chad, una nación miserable donde cualquiera con suficiente humor se reiría de nuestra crisis. En Camerún, su actual destino, la situación no es mucho mejor, y eso sin

contar el reciente azote de cólera, que ha matado a casi un centenar de personas este año, ni los sobresaltos a cargo de los fundamentalistas de Boko Haram, que han llegado a secuestrar a la mujer del vicepresidente ministro.

Ruiz coordina una ONG -Hogar de la Esperanza-, que atiende a niños de la calle y reclusos jóvenes. Él educa, pero también aprende: «La pobreza nos enseña muchísimas cosas. Nos enseña que con poco se puede ser feliz. Lo necesario no es necesariamente lo que nosotros pensamos que es necesario. El dinero es importante, pero no lo principal» y explica cómo esos niños que pasan el día vagabundeando y buscándose la vida vuelven por la noche al hogar, con sus hermanos y su madre, porque allí es donde encuentran cariño.

Parece, y quizás sea solo una impresión, que estos hombres y mujeres que pelean por sacar adelante un continente -que no era el suyo- machacado por la enfermedad, el hambre y la guerra, se sienten en deuda con su gente. Esa sería una razón que podría explicar por qué el padre Garayoa estaba ayer encantado celebrando su cumpleaños (62) allí después de veinte malarías (contadas, una tras otra), un secuestro del que salió vivo de milagro (la ONU le liberó cuando lo iban a matar: ya se había despedido de sus compañeros de infortunio), y ahora con el ébola a la puerta de casa. «Yo no puedo dejar tirada a la gente que quiero en un momento de necesidad. ¿Con qué cara les digo que me voy porque tengo un billete de avión y que ya volveré cuando todo se pase?».